

Prioridad del Instituto de Altos Estudios Juan Perón es promover el debate profundo y documentado acerca de la naturaleza e identidad del peronismo, cuya extraordinaria vigencia, después de sesenta años de su irrupción en la vida política argentina, sorprende por igual a sus partidarios y a quienes no lo son.

Creemos que la insólita vitalidad de este movimiento político no es ajena a la discusión permanente que lo atravesó desde sus mismos orígenes, tanto dentro de sus propias filas como fuera de sus fronteras. Es que el peronismo jamás fue una propuesta dogmática insensible a las cambiantes circunstancias en que se desenvuelve la política. De ahí su enorme plasticidad, sus virajes y cambios de perspectiva, no por ello exentos de eventuales desaciertos y transitorias pérdidas de rumbo.

Por variadas razones que no analizaremos aquí, las interpretaciones adversas al peronismo, a menudo inspiradas en burdos prejuicios, alcanzaron casi siempre mayor difusión pública que aquellas otras emanadas de su propio seno. Así, estudios, investigaciones, ensayos y hasta simples opiniones periodísticas, poco afectos al peronismo, están a disposición de quienquiera, mientras que las elaboraciones internas, por lo general de mayor incidencia en las transformaciones del Movimiento, resultan casi desconocidas o hasta inaccesibles para la mayoría de los interesados.

El Instituto de Altos Estudios Juan Perón se propone contribuir a modificar esta situación anómala, no sólo incentivando el estudio y la investigación desprejuiciados y libres del fenómeno peronista, sino también difundiendo por todos los medios a su alcance el producto de estas elaboraciones. Aunque el acento está puesto en el debate "interno" y el afán de que sus resultados vean la luz pública, el propósito es acoger también los aportes "externos" que enriquezcan la discusión e impliquen el desafío de lograr cada día un mayor nivel de excelencia.

Reflexionar sobre el peronismo supone, a no dudarlo, hacerse cargo de una tradición. Pero por ser ésta una realidad viviente, la preocupación central y los esfuerzos más grandes están dirigidos al presente y, sobre todo, al futuro, cuyo rostro enigmático nos interpela. No es cuestión de cristalizarse en el homenaje y la liturgia. Cuando así sucede es porque la vida ya se encuentra en otra parte y se ha dejado atrás sólo una cáscara vacía.

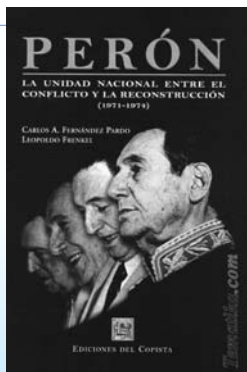
El objetivo del Instituto es propiciar la discusión viva con respecto al futuro y a los desafíos y conflictos del presente, las nuevas investigaciones, las heterodoxias creadoras, la trasmisión sugerente; no el de convertirse en guardián de rígidas ortodoxias que siempre repugnaron al fundador del Movimiento. De ahí su incesante prédica acerca de la necesaria flexibilidad de la doctrina, las teorías y las formas de ejecución, a fin de adaptarlas a los tiempos, salvo, claro está, las banderas de soberanía, justicia social e independencia y las metas irrenunciables de la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación, razón de ser del Movimiento.

Dentro de esta propuesta general, la publicación que presentamos tiene por finalidad difundir las actividades del Instituto, reflejar lo más relevante de los aportes recibidos y, muy especialmente, dar a conocer parte de la producción bibliográfica más reciente referida al peronismo, por lo general, poco tenida en cuenta por los grandes medios de difusión. A nuestro entender, toda publicación relativa al peronismo merece ser atendida y críticamente comentada y evaluada. Otra manera de contribuir a realzar el incansable debate que –como dijimos– vivifica nuestro Movimiento.

En lo sucesivo, miembros del Instituto tomarán también posición sobre otras publicaciones que, sin ser directamente alusivas al peronismo, son sin embargo significativas para él, en uno u otro sentido. Es que según nuestra convicción, el peronismo consiste en una filosofía política y una praxis originales que deben enriquecerse, alimentarse y buscar ser comprendidas en el cotejo permanente con otras posturas, tal como en definitiva no han dejado de hacerlo durante estos sesenta años de historia, aunque las más de las veces, soterradamente.

Por último, no espere el lector encontrar homogeneidad en la perspectiva de quienes escriben. Cada uno de ellos es responsable de sus opiniones y autor soberano de su propia forma de comprender y juzgar. La homogeneidad la dejamos para los dogmáticos y los fundamentalistas. Allá ellos.

**Antonio Cafiero**



Carlos A. Fernández Pardo y Leopoldo Frenkel

**Perón**

*La unidad nacional entre el conflicto  
y la reconstrucción (1971-1974)*

Córdoba, Ediciones del Copista, 2004, 686 páginas

Debo confesar que lo primero que me sorprendió –y hasta me acobardó, diría– es el tamaño. Casi setecientas páginas sobre sólo tres años de la tercera presidencia de Perón, no es cosa común. Tampoco lo es el contenido y la seriedad con que sus autores encaran el tema tornándolo, a la vez, en un libro sincero e imprescindible. Se concentran sobre un período corto pero decisivo de la vida política argentina (1971-1974) y lo hacen con una eficacia tal, que resulta de utilidad para el presente que vivimos.

En sus páginas está la protobiografía de muchos de los actores de la actual política argentina –tomados allí en sus años de juventud y madurez– así como la acción en primer plano de aquella otra generación que moldeó el país durante medio siglo XX. La de Perón, Balbín, Alende, Lanusse, por un lado; la de una pléyade de jóvenes que principiaban en política por otro y que oscilaban, es cierto, entre lo que entonces se denominaban "organizaciones de cuadros" y las "formaciones especiales". Compitiendo ambas, a su vez, con los partidos políticos de cuño tradicional y revolucionando al peronismo como no había ocurrido en décadas anteriores. Nadie salió igual del torbellino de aquellos años, ni de la infame dictadura militar que le siguió (1976), ni de la tibia recuperación democrática en que luego finalmente desembocó (1983). Por eso este libro soporta y alienta esa doble lectura: la de lo que pasó y la del presente; la historia y la vida cotidiana.

Y los tres años elegidos son, por cierto, no los de una simple continuidad sino, por el contrario, los de una profunda cisura histórica y los del emerger de una nueva generación política, con todo lo que de nobleza y cataclismo traen generalmente aparejados procesos sociales de esta envergadura. Lo ve muy bien Jorge Bolívar –en el impecable prólogo que abre el volumen– cuando distingue "entre juventud y nueva generación", advirtiéndonos que ésta última es algo más que un fenómeno biológico, es un conjunto de hombres y mujeres "que posee, siente y trata de interpretar una misión histórica".

Y aquella generación que nace a la vida política a mediados de los sesenta y que en los setenta colabora decisivamente en el regreso de Perón a la Argentina y al poder, termina "peronizando" al resto de la sociedad argentina (politizando a las clases medias como nunca antes), a la vez que entra en contradicciones con el propio presidente Perón, también como nunca antes. Y es en estas contradicciones, unidas a la desaparición física del entonces presidente, donde hay que buscar buena parte de las causas del fracaso de aquella generación, de

su brutal represión posterior y –bueno es no olvidarlo– de muchos de los ideales pendientes que todavía nos siguen convocando.

La Tercera Parte ("El peronismo en las revoluciones de nuestro tiempo") y muy especialmente la Cuarta ("El ascenso a los extremos"), son claves en la lectura de la obra. Y esto precisamente porque sus autores eligieron el tema de la "unidad nacional" como norte indeclinable del general Perón en esos momentos, a partir de lo cual su relación con la Juventud (entendida como esa "nueva generación" que accedía a la vida política) resultaba decisiva. Por un lado ella había provisto la fogosidad, la lucha y el talento que en la anterior generación parecía venir declinando y, por otro, debía esforzarse por heredar aquella sabiduría y experiencia de los históricos, a través de un profundo e inteligente "trasvasamiento generacional".

Y esto último es precisamente lo que no llega a concretarse. Por un lado las denominadas "organizaciones de cuadros" (de accionar esencialmente civil y político) no logran el peso sustantivo que le hubiese permitido a la conducción estratégica (Perón) rearmar y renovar la dirigencia política y sindical de su movimiento, lo cual a su vez hubiese significado una auténtica revolución en paz en la Argentina. Por otro, las denominadas "formaciones especiales" (centradas más en lo militar que en lo político) no comprendieron que la "guerra" había terminado y que los años que se avecinaban debían concentrarse en lo que el general Perón llamaba "la reconstrucción nacional". Es así que, después de pelear contra la dictadura militar de la Revolución Argentina, se confundieron de enemigo y la emprendieron contra el gobierno constitucional que el pueblo había plebiscitado en las elecciones de 1973 y 1974.

El resultado es por todos conocido: primero una corta guerra civil y luego un largo genocidio popular. Ambas cosas cortan de raíz la posibilidad de una auténtica renovación en paz de la vida política argentina, a la vez que frustran el proceso de liberación nacional que el peronismo incorporaba –una vez más– a la agenda de una Argentina posible. Convenientemente alentada por intereses de adentro y de afuera, esa frustración constituye nuestra historia más reciente.

Para terminar, no podemos dejar de señalar la importancia de la Quinta Parte de esta obra ("La Reforma Constitucional y el Modelo Argentino"), ya que en ella queda claro el porqué de tal derrotero histórico, es decir, la funda mentación doctrinaria del accionar del general Perón en aquellos

años, así como las razones profundas de muchos de los enfrentamientos (internos y externos) que provocara. Para decirlo en una sola frase: la unidad nacional en torno de un modelo de país soberano.

Ganada la guerra se pretendía ganar y afianzar la paz y eso suponía una profunda y gradual reforma de la sociedad argentina y de sus instituciones. Como no podía ser de otro modo en democracia, ello requería una profunda reforma constitucional del país. Tras de ese objetivo Perón puso a trabajar a la Secretaría General de la Presidencia, a cargo de Vicente Solano Lima. Como subsecretario se desempeñaba un viejo y reconocido cuadro técnico el peronismo histórico, Francisco J. Figuerola. Éste de inmediato se dio al "acopio de materia gris" y recibió como primer encargo presidencial sentar las bases teóricas y el abrir un amplio diálogo político, en torno de un nuevo texto constitucional.

Los autores abundan en interesantísimos y documentados detalles y antecedentes respecto de cómo Perón ya no sólo consideraba superado el texto constitucional de 1853, sino también el de 1949. Se trataba de hacer algo completamente nuevo y adecuado a los tiempos que corrían y, más aún, al "universalismo" que ya anticipaba Perón como insoslayable. De allí la necesidad imperiosa de formular un nuevo "Modelo Argentino para el Proyecto

Nacional", que sirviese de base y orientación para ese futuro texto constitucional y también para el consecuente diálogo y concertación entre todas las fuerzas políticas nacionales. Rescatando este sentido amplio, bien afirman los autores de este libro: "Si tal como creemos, la unidad nacional se hallaba en su base normativa, entonces todo nos lleva a suponer que fue escrito para una sociedad postperonista". Es decir, para una sociedad que hubiera sido capaz de dejar atrás estériles enfrentamientos del pasado y que se atrevería ahora a dar el salto en pos de un objetivo común: la reconstrucción y liberación nacional. La cual no eliminaba las diferencias ideológicas y partidarias, sino que las encaminaba y enriquecía en pos de ese objetivo común.

La grandeza de tal objetivo –incumplido entonces, por cierto– corre a la par de la enorme miopía de muchos de los protagonistas políticos de aquellos años. A la vez que refuerza su papel como "asignatura pendiente" en el presente. Para quienes así lo sientan todavía y más aún, para quienes recién se incorporan a la vida política del país, la lectura de este Perón de Carlos Fernández Pardo y Leopoldo Frenkel resulta de insoslayable interés.

Mario Carlos Casalla



Eduardo Amadeo

## *La salida del abismo*

*Memoria política de la negociación entre Duhalde y el FMI*

Buenos Aires, Planeta, 2003, 384 páginas

Por el hecho de estar escrito con tanta pasión como precisión, el libro es ameno y hasta tiene párrafos con auténtico suspenso. En aquel largo año plagado de incertidumbres, la caída de Duhalde hubiera significado una anarquía. Vista ya a cierta distancia, esta premisa no necesariamente es la única válida, pero los argentinos no podían darse el lujo de probar.

Duhalde opuso "un sistema de alianzas con los únicos dos actores con los que podía tener algún diálogo: el sistema institucional y los pobres", a la generalizada oposición: "para algunos argentinos, ser hipercrítico, descalificar al otro con argumentos personales, en síntesis, «vivir de la mufa», sin dejar ningún lugar para los sueños, se ha convertido en un rentable negocio, porque la sucesión de las crisis –a la larga– puede parecer que les da la razón. Aunque muchos de ellos tengan un buen rating, considero que ejercen una forma de amoralidad que no ha sido suficientemente cuestionada".

Esta correctísima observación tal vez debió ser acompañada por una valoración moral más explícita sobre dirigentes que fueron complacientes con el dogmatismo de

algunos economistas. Para el autor, criticar la convertibilidad significaba "atreverse a romper el circuito vicioso que había destruido la vocación productiva y generado una pobreza inédita, pero cuya mágica tranquilidad parecía preferible a la incertidumbre que producía cualquier hipotética salida alternativa". Amadeo menciona "la sensación generalizada de miedo ante lo desconocido" y "el ejercicio despótico del poder intelectual por parte de Cavallo –que anuló cualquier elemento que pudiese oxigenar el modelo", lo cual es cierto, pero no alcanza para excusar a quienes prefirieron levantar muy tibias críticas para evitar la "ruina" (sic) de su carrera política. La disciplina partidaria no significa que los políticos puedan ampararse en otra "obediencia debida" para eludir responsabilidades por decisiones tomadas para preservar trayectorias laborales...

El relato de la crisis de 2001 fue la "crónica de una muerte anunciada", que por negada terminó cerrando alternativas que hubieran atenuado sus efectos. En ella, el papel del FMI fue crucial, por ahogar las pocas oportunidades en las que la economía argentina parecía poder salir a flote y,

sobre todo, por insistir en avalar dogmáticamente un régimen agotado.

Esto está explicado con precisión por Amadeo, que resume situaciones y argumentos con inteligencia y pocas palabras: la convertibilidad funcionó como un "corsé de oro" que impedía cualquier salida alternativa. "El modelo que aparecía como una «coraza» contra la inflación y las crisis externas era, en realidad, enormemente vulnerable. En primer lugar porque, habiéndose cometido algunos errores iniciales —en especial, concentrando toda la inversión en bienes no exportables—, su supervivencia dependía de la generación de dólares, algo que nuestra economía no estaba en condiciones de lograr. Luego, porque ante cada crisis —o, incluso, ante simples dudas— la respuesta fue redoblar la apuesta, haciendo cada vez más rígido el modelo, sin prever ningún reaseguro de salida. Por último, porque por la dolarización de los contratos se exigía que todo el sistema se mantuviese sin cambios. Conclusión: una sola carta del castillo, la de más abajo, era la que sostenía todo el sistema".

Tanto los defensores internos del modelo como los funcionarios del FMI se negaban a ver su inconsistencia fiscal y "preferían cargar las culpas sobre el gasto de las provincias o del sistema político, una inteligente estrategia de trasladar la responsabilidad al sector que por sus propios errores éticos y su exposición mediática aparecía como el más vulnerable". Sin embargo, el gasto público creció menos que el PBI y el déficit fue en promedio menor en la década de 1990 que en las anteriores. Durante todo el gobierno de Duhalde, el principal argumento del FMI para rechazar propuestas fue la supuesta falta de voluntad o directamente la inmoralidad de la dirigencia política argentina.

El Fondo podía hacer esto porque millones de personas prefirieron preservar su imagen de pureza acusando a los políticos por la crisis, olvidando la inconsistencia elemental de un modelo que habían avalado electoralmente, que temían cambiar y que hundía diariamente en la miseria a miles de nuevas familias. Aún hoy espero escuchar a un ahorrista acorralado que reconozca que no fue la perfidia de los políticos el que le trabó sus depósitos, sino la caída del mismo modelo que le había permitido acumular dólares baratos, o al menos que se haga alguna tímida referencia a la relación entre ahorrar dólares baratos y el desempleo de millones de trabajadores.

Amadeo se pregunta por qué el FMI trató con mucha mayor dureza a la Argentina que al resto de los países que pasaron por crisis similares. Responde que la Argentina había sido utilizada como prueba de que sólo se podía "disminuir la pobreza con estabilidad y crecimiento, sin necesidad de preocuparse o discutir acerca de los temas redistributivos". Otros países en crisis habían puesto en peligro el equilibrio internacional, pero no tenían un valor simbólico que pusiera en evidencia la inconsistencia del modelo promovido por el FMI. Por eso insistió tanto en que el único culpable fue la dirigencia política.

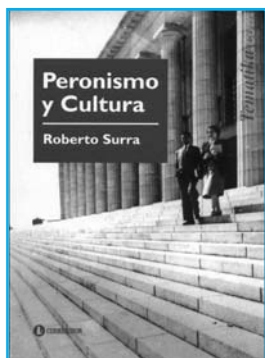
Pero la otra razón de la dureza del FMI es la necesidad de su estructura burocrática de defenderse ante las duras

críticas que estaba recibiendo en Estados Unidos. El Fondo había firmado una última "prueba de confianza" sólo cuatro meses antes de la catástrofe. Por eso, cuando "Horst Köhler mantiene hasta el final con la Argentina una actitud negativa, agresiva y hasta con atisbos de insolencia con el presidente Duhalde, no lo hace exactamente por los nervios que le causa la situación del sistema financiero argentino: se está jugando su propio puesto y la credibilidad del Fondo". Así, pidió cada vez mayores pruebas de sumisión incondicional, medidas accesorias que Duhalde debía pagar al costo de perder prestigio y aliados internos. También Paul O'Neill reiteradamente decía que estaba dispuesto a ayudar cuando los argentinos "hayan llegado al fondo de lo soportable", lo que deja claro que para ellos la crisis era simplemente una oportunidad para castigar culpables.

De hecho, sorprende cuánto pesó en toda la negociación la necesidad de atribuir o repartir responsabilidades: se hablaba de culpas ante la prensa, en las mesas de negociación y hasta en las conversaciones privadas. Para los funcionarios del FMI y de los gobiernos de los países más desarrollados, la culpa era tan grande que no podía ser redimida de ninguna manera, y obviamente permitía deslegitimar cualquier intento de los representantes argentinos. Recién a los seis meses, con los primeros signos de reactivación, Lavagna pudo decir que podía llegarse a un arreglo en el que todos salieran ganando, y por lo tanto no resultaba tan importante el reparto de responsabilidades.

Incluso en el documento final de Singh sobre la Argentina, se aconsejaba rechazar un programa de ayuda, por el "serio peligro" de que fuera usado "para demostrar apoyo internacional al presidente Duhalde y por tanto se convierta en un tema central de la futura campaña electoral". Como comenta Amadeo, "amén de ignorar la restricción de entrar en cuestiones de política interna que la Carta Orgánica del FMI imponía a sus funcionarios, esta frase del documento evidenciaba el desprecio por las formas, y el grado de irritación con el que Köhler, Krueger y Singh llegaron a esta instancia final". Sin embargo, por primera vez en la historia, el Directorio del Fondo desautorizó la recomendación de su Gerencia y le ordenó redactar un programa de ayuda para la Argentina.

Hasta ese momento, "las crisis beneficiaban a los funcionarios del Fondo, porque les permitía seguir acumulando poder en su rol de «bomberos», sin oposición alguna. Pero en este caso su soberbia les impidió entender que el sistema no tenía por qué soportar una crisis adicional, en un país que no se la merecía [Amadeo también razona en términos de culpas], únicamente para proteger la terquedad burocrática e ideológica de Köhler, Krueger y Singh. Afortunadamente, ya nada será igual para estos funcionarios del FMI. Se rompió «la magia», y de ahora en más deberán enfrentar cada crisis con el costo de haber fracasado en su propuesta sobre la Argentina, y teniendo que considerar variables —como la gobernabilidad y la pobreza— que antes no existían para ellos".



Roberto Surra

## *Peronismo y cultura*

Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 2003, 192 páginas

En su libro *Peronismo y cultura*, Roberto Surra arremete contra uno de los prejuicios más instalados en la sociedad argentina de la segunda parte del siglo XX: la descalificación del peronismo (y de los peronistas) como movimiento político desinteresado o francamente opuesto a todo lo cultural. Siguiendo las huellas dejadas por Sarmiento en el *Facundo*, Surra se pregunta qué es civilización y cuál es la barbarie en una historia como la nuestra, donde esos argumentos sirvieron, la mayor parte de las veces, para justificar las mayores exacciones contra los pueblos indígenas, los gauchos, los trabajadores. Esta constatación lleva a Surra a preguntarse cuál ha sido el aporte del peronismo a la cultura argentina del siglo XX, y para eso centra su estudio en la experiencia del primer peronismo, el de la década del 45 al 55, formulada por un Perón estadista y gobernante, ideólogo y conductor político, constructor de una experiencia única en la historia sudamericana, y ejecutada por un conjunto de personalidades "outsiders" de la cultura liberal oficial, que el autor pretende reivindicar.

A manera de respuesta para quienes han venido agravando sistemáticamente al peronismo en ese sentido, y para equilibrar un poco los tantos, Roberto Surra intenta recrear un panteón de peronistas "cultos" y evocar un conjunto de obras de gobierno –sobre todo las correspondientes a la era de oro del primer peronismo–, que desmentirían el juicio condenatorio de los históricos enemigos del movimiento. Como el Cortázar del *Libro de Manuel*, Surra ha recortado anécdotas, citas de personajes tan diversos como Marechal, Dalmiro Sáenz, Ginastera o Hernández Arregui, para culminar con un admirado elogio de un Perón intelectual que convoca un Congreso de Filosofía en Mendoza en el que participan ponencias de Raymond Aron, Carlos Astrada, Croce, Hartmann, Jaspers, Gabriel Marcel, Mondolfo, Puccialrelli, Sciacca, José Vasconcelos, Heidegger, Bertrand Russell, Julián Marías y Jacques Maritain, un ramillete de pensadores mundiales de primer nivel que sirvieron de marco a la presentación del célebre texto de Perón, *La Comunidad Organizada*.

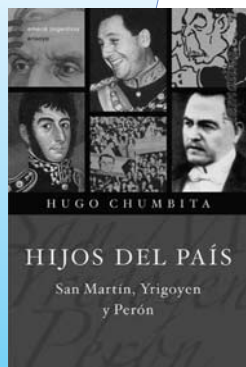
Por otra parte, Surra trata de escapar a la identificación de cultura con bellas artes y con ese fin se apropia de la concepción antropológica del término, a pesar de no poder explicar en profundidad el tránsito de un paradigma al otro. Lo mismo le sucede cuando intenta desarmar las clásicas denuncias de nazi fascismo o antisemitismo, juicios de valor profundamente arraigados en el imaginario de la clase media y alta de la

Argentina, para las cuales no resulta suficiente exhibir "los amigos judíos" del peronismo o negar la "recuperación" de alemanes y pro nazis europeos después de la Segunda Guerra Mundial. (Este fenómeno resulta más curioso cuando se observa que ha sido universalmente aceptado en el caso de la URSS o los Estados Unidos, quienes, por ejemplo, le perdonaron a Werner Von Braun la destrucción de Londres –los ingleses lo querían en Nüremberg– y lo convirtieron en el padre del programa espacial norteamericano).

También Surra coloca como logros culturales del peronismo la reivindicación de los valores de la hispanidad frente a la leyenda negra iluminista y victoriana, así como pone de manifiesto la preocupación de Perón por las culturas indígenas o el anticipo del discurso ecológico, todos temas reales pero descontextualizados con respecto al pensamiento político integral de un movimiento que quiso cambiar la sociedad toda, modificar las relaciones de producción y con ello los roles de los actores sociales: los descamisados, la mujer, los gremios.

La cultura no es sino el horizonte de valores y prácticas sociales que organiza la vida de un pueblo en la historia. Roberto Surra insiste en la inexistencia de una "cultura peronista". Para él, el peronismo promovió una cultura "nacional". Es una afirmación discutible, en tanto la ideología del peronismo no sólo se opone a la dependencia, sino que básicamente promueve la justicia social, con lo cual va más allá de un nacionalismo policlasista que pretendiera mantener el statu quo de una sociedad injusta. Por esa razón, los valores culturales que siempre defendió el peronismo apuntaron tanto a la puesta en valor de las culturas regionales y la épica del trabajo como a la lucha contra la injusticia social y el imperialismo (desfallecimientos incluidos). Este recorte particular nunca implicó un anti-europeísmo (¿cómo podría haberlo hecho el movimiento de los cabecitas negras en una sociedad mestiza de inmigrantes y criollos?) o una política de negación de los aportes de las diversas culturas del mundo, así como de la ciencia y la tecnología universales. Desde esta perspectiva, sí cabe hablar de una "cultura peronista", que a veces –no siempre– buscó plasmarse en expresiones artísticas, pero que básicamente pretendió desarrollarse al nivel de los valores de la sociedad.

Tras una experiencia política de más de medio siglo, el peronismo no puede quedarse en la exégesis de lo hecho en los años 50. La capacidad demostrada por el movimiento para modificar la totalidad



de los resortes internos de la sociedad argentina obliga a encarar un estudio de mayor profundidad sobre el aporte realizado por el peronismo a la cultura argentina del siglo XX. Conviene ir abandonando justificaciones que hoy nadie reclama, y analizar con seriedad el decisivo aporte histórico que ha significado la experiencia de un movimiento que, desde la resistencia o en

el poder durante casi sesenta años, se ha sostenido a lo largo del tiempo y las inclemencias de la historia en torno a profundos valores culturales que siguen animando la adhesión de una parte importantísima de la sociedad argentina y el respeto de la otra.

José Luis Castiñeira de Dios

Hugo Chumbita  
*Hijos del país*

*San Martín, Yrigoyen y Perón*

Buenos Aires, Emecé, 2004, 296 páginas

"La condición de mestizos de San Martín, Yrigoyen y Perón no es solamente una anécdota. Nuestra tesis es que fue un factor decisivo en el camino que los llevó a desempeñar su rol de conductores, porque –a pesar del silencio que nublaba su reconocimiento– se correspondía con el carácter del pueblo al que interpelaban". De esta manera, Hugo Chumbita introduce su libro *Hijos del País. San Martín, Yrigoyen y Perón*, publicado recientemente en la colección Ensayo de la editorial Emecé Argentina, cuyo mayor mérito es poner de manifiesto el peso del prejuicio étnico en la construcción del relato historiográfico y su efecto, no sólo en la interpretación de los hechos del pasado, sino en la confirmación del prejuicio en el presente. En esa misma línea, Chumbita incorpora aspectos personales y de la vida privada de los personajes, despreciados o minimizados en los ensayos históricos tradicionales.

A su ya conocida tesis sobre el nacimiento del Libertador que despertara tanta polémica hace unos años con su libro *El secreto de Yapeyú*. El origen mestizo de San Martín, Chumbita extiende su hipótesis a las dos figuras que marcaron la historia política de la Argentina del siglo XX y une a los tres con la afirmación de que "estos hombres condujeron vastas movilizaciones populares, impulsaron cambios profundos que generaron fuertes reacciones contrarias, desafiaron a las clases dominantes y fueron castigados con el ostracismo y la persecución". En el caso de Yrigoyen y Perón no caben dudas acerca de su carácter de líderes populares, pero ¿puede aplicarse la misma condición al General San Martín? Porque aunque es verdad, como señala el autor, que sus ejércitos estuvieron integrados por gauchos, indios y negros, lo cierto es que no siempre se trató de una adhesión espontánea y, en más de una oportunidad, debió forzarse el reclutamiento no solamente para las huestes de San Martín, sino para las demás tropas del ejército que peleó la independencia nacional. En el caso de los negros era una vía que les posibilitaba conseguir su libertad.

En la línea del Revisionismo Histórico, Chumbita reivindica la corriente

federal en la que inscribe a los protagonistas de su libro, y los enfrenta a Bernardino Rivadavia, Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento y a Juan Bautista Alberdi en su etapa de juventud, que luego revierte en su adhesión al federalismo de Urquiza después de Caseros. En este sentido, señala la política extraviada de Rivadavia –del que no se destaca su condición de mulato– y su intento de firmar una paz claudicante con el Brasil tras la guerra de 1826 que selló su caída, pero nada dice acerca de que Dorrego al acceder a la gobernación de Buenos Aires finalizó el conflicto en los mismos términos.

Para demostrar la adhesión de San Martín a Rosas, Chumbita cita una carta enviada a Tomás Guido desde Bruselas en 1827, en la que el Libertador señala la necesidad de un gobierno fuerte capaz de contener el atraso de las masas y las pasiones individuales y locales desatadas luego de la revolución. Pero existe en la carta original una observación que San Martín colocó entre paréntesis y que no se comenta en el libro, tal vez porque de alguna manera ensombrecería la tesis de un San Martín orgulloso de su origen indígena aunque debiera ocultarlo por los prejuicios: "Conocido que para defender la causa de la independencia –escribió San Martín– no se necesita otra cosa que un orgullo nacional (que lo poseen hasta los más estúpidos salvajes) pero que para defender la libertad se necesitan ciudadanos(...)".

En cuanto a Yrigoyen, en cuyo primer gobierno se decretó el 12 de Octubre como festividad nacional, Chumbita sostiene que fue una manera de rescatar "la raíz hispánica de las tinieblas a las que había sido condenada por la generación de Sarmiento" y aclara que faltaba reivindicar las otras raíces americanas. Pero poco dice respecto de la admiración de Yrigoyen por Sarmiento, de quien, además, se consideraba discípulo y con el que había integrado el Consejo de Educación que abandonó en solidaridad con Sarmiento cuanto éste presentó su renuncia.

El autor es terminante en la polémica desatada por el lugar de nacimiento de Juan Domingo Perón: sostiene que ocurrió

en Roque Pérez y no en Lobos, pese a que en 1953 el mismo Perón asistió al acto de inauguración del museo en la que se declaró monumento histórico por tratarse de su casa natal. Chumbita afirma que aquel acto fue la manera de disimular sus orígenes imbuidos de sangre indígena y del no reconocimiento paterno en los primeros años de su vida. Destaca después las medidas de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión en favor de los indígenas, como el otorgamiento de tierras en distintas provincias, la reactivación de la Comisión Honoraria de Reducciones de Indios creada en 1916 por Victorino de la Plaza —otro presidente de origen indígena—, y la declaración del 19 de abril como Día del Indio Americano a la que señala como un paso más adelante al dado por Yrigoyen con el 12 de Octubre.

Chumbita afirma que la declaración de 1950 como Año del Libertador fue aprovechada por Perón para desplazar a los héroes levantados por Bartolomé Mitre en su historiografía. Sin embargo, nada dice acerca de la razón por la que Perón designó a los

ferrocarriles nacionalizados con los nombres de aquellos próceres.

Por último, sostiene que Perón no impulsó el revisionismo histórico, pero asegura que tenía una visión histórica distinta a la del liberalismo. En este sentido, Chumbita se basa en un extenso reportaje que Eugenio Rom le realizó durante su exilio en Madrid, a fines de la década del sesenta, en el que el General se extiende en una larga interpretación de la historia argentina. Esta última afirmación ofrece una interesante línea de análisis para la actual historiografía, en la que Chumbita ocupa con sus trabajos un sitio relevante que vuelve a ratificar con esta obra, y es que el Revisionismo Histórico del siglo XX, importante hito en la construcción del relato histórico argentino, no alcanza por sí solo para explicar el pasado nacional y que, en el afán de refutar la historia liberal del siglo XIX, suele caer en parcialidades difíciles de sostener sin forzar el relato de los hechos. Tal vez sea éste el desafío de los historiadores del siglo XXI.

Araceli Bellotta

Hugo Chumbita

## *Hijos del país*

*San Martín, Yrigoyen y Perón*

Buenos Aires, Emecé, 2004, 296 páginas

No enuncio ningún gran descubrimiento si digo que el nuevo libro de Julián Licastro se centra sobre el pensamiento estratégico: así lo manifiesta el título mismo de la obra.

En todo caso lo interesante es ver cuál es la necesidad de ese tipo de pensamiento, su estructura interna y el complejo e intrincado cúmulo de factores que lo circundan, por así decirlo.

Es evidente que el autor considera imprescindible el pensamiento estratégico. Pero como Licastro piensa y escribe desde y para la Argentina —situadamente, nos recuerda él, citando a Kusch— reclama perentoriamente la construcción entre nosotros de un tal pensamiento, presuponiendo su ausencia. Sin decirlo del todo explícitamente, pues, la propuesta de Licastro en este libro apunta a una radical reforma política, continuando lo planteado en *La voluntad de conducción y Política y antipolítica*. Reforma política que por lo general es reducida a cuestiones meramente instrumentales y las más de las veces pedestres como la conveniencia (o no) del voto electrónico, la depuración de los padrones partidarios, la cantidad de representantes a elegir, la obligatoriedad (o no) del sufragio, la financiación de los partidos políticos, etcétera, dando por supuesto, con optimismo leibniziano, que la democracia formal y dependiente que rige nuestros destinos comunitarios desde hace veinte años, constituye el mejor de los mundos políticos posibles. Cosa desmentida a menudo por la experiencia, que a la

corporación política no parece importarle demasiado. En síntesis, si no se configura entre nosotros un pensamiento estratégico, viene a decir Licastro, no hay salida de la crisis. Ni siquiera, supuesto que la crisis sea inducida y de larga duración, como sugiere el autor, manera de sobrellevarla evitando la catástrofe.

Esto, en cuanto a la necesidad del pensamiento estratégico. Su estructura interna, tal como la diseña Licastro, no es fácil de resumir. Por cierto, el pensamiento estratégico es racional, pero se trata de una razón con una acusada tendencia finalista y vínculos indisolubles con la acción. Por lo demás, el pensamiento estratégico compromete la totalidad de las funciones anímicas. Ante todo, la voluntad, que en la plenitud de su querer es para Licastro voluntad de conducción. Sin ella no existe la política, que lejos de agotarse en la mera administración de lo dado, es la posición de un pueblo como poder.

La voluntad de conducción es, pues, voluntad de poder; un poder que sin embargo para fructificar deberá ser acotado por una trama de instancias culturales, éticas, etcétera. Es que Licastro tiene una infrecuente visión del hombre, producto tal vez de su doble formación como militar y como humanista. Porque si bien descreo de los "practicones" que se ufanan de tener los pies bien puestos sobre la tierra, frente a quienes levanta los ideales y los valores, no por ello se entrega a un idealismo edulcorado y edificante según el cual el hombre es

por naturaleza bueno y la sociedad maligna lo pervierte, como todavía creen nuestros trasnochados y ridículos progresistas.

Escuchemos a Licastro: "(...) el conflicto, la pulsión, el trauma, la violencia, reprimida o expresada, espontánea o institucionalizada, forma parte indisoluble de su [se refiere al hombre] vida interior y social. Las relaciones sociales son así, relaciones donde siempre hay alguna forma de tensión, comparación y cálculo para dirimir fuerzas". Si así no fuera, si el hombre fuera un ángel, no sería menester el pensamiento estratégico con su voluntad de conducción y liderazgo, no existiría la política. En el paraíso no hay política; la Iglesia, institución terrena, se ve obligada a ejercer el pensamiento estratégico. Más aún: ha sido y lo es todavía, maestra en ello.

Pero una visión descarnada sobre el complejo animal humano no tiene porqué implicar el abandono de las grandes ideales civilizatorios, entre los cuales Licastro destaca la justicia, único fundamento de una paz auténtica y duradera. La historia está hecha del bien y del mal inextricablemente entrecruzados, sin ser por ello una lucha del bien contra el mal, como pretenden en nuestros días el maniqueísmo protestante y el fundamentalismo islámico.

Dije al principio que amén de su imperiosa necesidad y su estructura interna, el pensamiento estratégico está circundado por un conjunto de factores que lo posibilitan. Licastro pone el acento en la identidad cultural y en el pensamiento filosófico. Su decidida orientación hacia la praxis jamás llevó a Licastro a negar la pertinencia de la meditación y la reflexión, a las que exalta. No hay pensamiento estratégico sin ellas.

Pero aquí (identidad cultural, pensamiento filosófico) es donde residen mis mayores dudas respecto de la posibilidad de construir el pensamiento estratégico argentino. Pues considero fallida, endéble, inconsistente, la identidad cultural de los argentinos. No encuentro otra manera de explicarme la razón de nuestra candorosa

entrega a las ilusiones ideológicas que nos gobiernan. Ayer el neoliberalismo, hoy el progresismo, en verdad, neoliberalismo de izquierda. Poco importa; lo cierto es que puestos ante el abismo de nuestra frágil e incoherente identidad, las ilusiones acallan la angustia, aunque al precio de apartarnos del más elemental sentido común y de profundizar la decadencia del país, en función de los desaciertos producto del ideologismo.

Y la filosofía. Licastro desprecia –lo comparto– el pensamiento filosófico académico y descomprometido, pura erudición de gabinete, intelectualismo desentendido de la problemática y vertiginosa realidad, en el mejor de los casos. Confía en la auténtica reflexión filosófica, esa que practicaron Alberdi, Korn y Perón, aunque también muchos de nuestros grandes ensayistas del pasado como Lugones, Ricardo Rojas, Ezequiel Martínez Estrada, Mallea, Kusch, Ramón Doll, Jauretche, Hernández Arregui, Astrada, por citar sólo algunos que incidieron en mi formación. Pero, salvo contadísimas excepciones, ¿dónde está hoy ese pensamiento filosófico?, ¿quiénes son los filósofos argentinos? Más aún: después de la muerte de Heidegger (1976), ¿qué filósofo importante tenemos hoy en el mundo occidental?

Cuando comenté La voluntad de conducción escribí que era un libro hecho de recurrencias. Licastro trabaja un número relativamente limitado de temas. Los aborda, los desarrolla brevemente, los abandona y, a poco andar, los retoma, para mostrar una nueva faceta, para efectuar una nueva aproximación. Su escritura –que recuerda a la de Perón, sobre todo en Conducción Política– es así fragmentaria y sistemática a la vez. Su estilo exige una forma particular de lectura, para nada lineal. Induce a ir y volver, a construir el propio orden de lectura, a dialogar con el autor, a practicar la propia meditación: ninguna reseña exime pues del contacto personal con el texto.

Silvio Maresca



Daniel Arzadun

## ***El peronismo: un reino sin monarca*** ***Análisis del comportamiento de las elites justicialistas desde el triunfo de la Alianza hasta la asunción presidencial de Néstor Kirchner***

Buenos Aires, Ensayos AGEBE, 2004, 264 páginas

Anunciándonos desde el título su adscripción a la corriente de cientistas políticos que podríamos denominar como "maquiavelistas", Daniel Arzadun traza con una claridad y sencillez tan deseada como infrecuente en los textos académicos, un pormenorizado relato de los singulares avatares políticos de la historia reciente de nuestro país.

El objetivo explícito es observar y describir las variaciones que el PJ experimentó tanto en sus componentes organizativos como en su estructura de poder desde el momento en que debe dejar el gobierno en

manos de la Alianza hasta el triunfo de Néstor Kirchner en los comicios de abril de 2003.

Como toda investigación académica –y este trabajo busca serlo– a poco de recorrer el texto se aprecia un indisimulado apego a las prescripciones metodológicas vigentes en el campo de la investigación social. Así es como el autor se esfuerza por delimitar –casi con precisión quirúrgica– cuál será su objeto de estudio, cuáles serán las fuentes de información utilizadas y el marco teórico mediante el cual intentará encontrar correspondencias válidas entre lo simplemente relatado (los hechos) y lo compleja

mente conceptualizado (la teoría). Sorteando con éxito la tentación de caer en tecnicismos solo comprensibles por los iniciados, el texto de Arzadun guarda un equilibrio saludable entre la academia y la crónica periodística. Esta singular combinación de aproximaciones, de construcciones discursivas, finalmente se amalgaman de forma tal que facilitan el escrutinio de la obra tanto por legos como por entendidos, siendo para ambos tipos de lectores igualmente provechosa la posibilidad de incursionarlo.

Como resulta obvio, la delimitación temporo-espacial de los fenómenos de carácter social o político -por definición complejos y dinámicos- requiere de una primera mirada más amplia y abarcativa que nos familiarice con los aspectos más generales que presenta el objeto de estudio. Ello obligó al autor a realizar una breve reseña de la historia del peronismo, haciendo foco en las transformaciones que ha sufrido su estructura y organización desde su fundación hasta el comienzo del gobierno de la Alianza en diciembre de 1999. En ella se da cuenta de las transformaciones que el peronismo debió afrontar luego de la muerte de su fundador y máximo líder, Juan Perón. De movimiento a partido de masas y de éste a partido profesional electoral, son los cimbronazos los que impulsan el cambio en el PJ. La proscripción, la muerte del líder carismático, el "proceso" y las derrotas electorales de 1983 y de 1999 son los episodios motores que impulsan la transformación de la estructura Justicialista.

Por otra parte, para los obsesionados con el tema de la identidad del peronismo este trabajo resultará particularmente interesante, no tanto por el objetivo explícito del texto, sino más bien porque el autor, siguiendo al reconocido politólogo Angelo Panebianco, considera que el análisis de las diferentes dinámicas organizativas internas constituyen un elemento clave para entender a las estructuras partidarias. Esta dinámica, en gran medida, está fuertemente condicionada por: "(...) las opciones políticas cruciales puestas en práctica por los padres fundadores, las modalidades de los primeros conflictos por el control de la organización, y la manera en que esta se consolida, (las que) dejarán una impronta indeleble". De este modo, continúa Panebianco, "(...) pocos aspectos de la fisonomía actual así como de las tensiones que se desarrollan ante nuestros ojos en muchas organizaciones, resultarían comprensibles si no nos remontáramos a su fase de formación".

Por tanto, cuando el autor nos describe cómo funciona y cómo se organiza el peronismo también nos está diciendo cuáles son las características que lo distinguen y que forman parte de esa "identidad", no siempre del todo discernible.

Al analizar el comportamiento organizacional del peronismo durante la peor crisis institucional, económica y social que tuvo que afrontar nuestro país en su historia, Arzadun detecta varios de los principios rectores del Justicialismo, por ejemplo: flexibilidad para montarse en los cambios del devenir histórico, capacidad de gestión para contener crisis, vocación por la hegemonía en la representación política, principio de autoridad como disciplinador de las distintas vertientes partidarias, etcétera.

En este sentido, para el autor, la inestabilidad organizativa que expresó el peronismo contemporáneo "(...) reconoce como punto de partida la ruptura del principio de autoridad al interior del partido a partir del quiebre en la relación establecida entre el control monopólico de los recursos de poder y la legitimidad del liderazgo. El quiebre de la relación enunciada se corresponde con el paso del PJ desde una función de gobierno a la oposición (...)".

Un rasgo típico del peronismo que merece destacarse es el de la unidad de todas sus expresiones en torno a un liderazgo nacional hegemónico. Justamente, la ausencia temporal de este liderazgo nacional hegemónico es lo que explicaría la fragmentación del peronismo en el modelo territorialmente descentralizado -poliárquico- que, sumamente mitigado, perdura hasta nuestros días.

Claramente, como lo comprueba Arzadun a lo largo de su libro, la perspectiva teórica adoptada resulta útil, cuanto menos, para entender parte de la dinámica del peronismo a lo largo de su historia. Y así parecen demostrarlo las conclusiones a las que arriba

En síntesis, la obra de Arzadun merece ser recibida con sumo interés tanto por los peronistas como por aquellos que sin serlo buscan entenderlo y comprender la historia argentina de estos últimos años. No son muchos los trabajos sobre el peronismo que conjuguen felizmente y de un modo tan equilibrado: teoría, rigor, claridad y audacia interpretativa. Esta particular combinación logra arrojar un potente haz de luz sobre el pasado reciente del peronismo y, lo que resulta aun más atrayente, nos da una pauta del porvenir del país.

Fernando Duarte



Manuel Urriza

*El Perón que conocí*

Buenos Aires, Arturo Peña Lillo/Ediciones Continente,  
2004, 128 páginas

El libro del Dr. Manuel Urriza tiene un sabor muy especial. En la obra se vuelca la relación personal que el autor mantuvo con

el General Perón en tres momentos claves de la vida de ambos y del país: durante el exilio del líder en España, de 1967 a 1969;

durante la puesta en marcha del operativo retorno a la patria y la necesidad de difundir el pensamiento político y el mensaje personal del General a través de la reabierto revista Primera Plana, entre 1971 y 1972; y durante la tercera presidencia de Perón, siendo ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, entre 1973 y 1974.

El Dr. Urriza nos transmite un Perón íntimo, cálido, humilde, cortés. El autor ha sabido reflejarlo de cuerpo entero, en esa dimensión de "ser humano" que agiganta aún más su personalidad política. Lo conoce personalmente en Madrid, en octubre de 1967, a la edad de 30 años. Había llegado allí gracias a una beca concedida por el entonces Instituto de Cultura Hispánica para realizar estudios de posgrado. Lo que pudo creerse una visita aislada se convirtió en una charla semanal los domingos durante los dos años de estancia en España. No deja de ser emocionante cómo el Dr. Urriza relata el trato que le dispensó el General Perón en los recibimientos, la pulcritud de sus modales, la generosidad sin condicionamientos de poner la biblioteca y a él mismo a disposición del estudioso. Mantuvieron conversaciones tanto de cuestiones de alta política como de temas cotidianos, sin excluir el club de sus amores, Racing Club.

Es de destacar el capítulo "Perón, el «criollo»", en el que Urriza hace hincapié en la profunda raigambre vernácula del modo de ser de Perón. Lo define culturalmente como un "criollo", condición no sólo poseída por haber nacido "en plena pampa bonaerense" y llevar en la sangre —como sabemos— la doble vertiente europea e indígena, sino además por haber estado en contacto directo con la vida rural, a una edad "en la que es sabido que —dice Urriza— se forjan las bases más sólidas de la personalidad de todo ser humano". Su crianza en el campo hasta los ocho años (al que retornó años después para cumplir funciones profesionales) marcó su admiración por el criollismo y su cultura, una cultura que cimentó su comportamiento y los principios de su ideario político. Nos entrega una semblanza del Gral. Perón tan bien perfilada, que no sólo podemos ver en ella la descripción de un hombre concreto de carne y hueso, sino los más altos atributos de hombre argentino verdadero, las más enaltecidas virtudes que posee nuestro pueblo. Virtudes una y mil veces negadas, bastardeadas, blanco del encono de los miserables de adentro y de afuera.

El autor cuenta —y valga como ejemplo de lo señalado— una anécdota, "una actitud suya aparentemente menor que, sin embargo, me llamó la atención", según confiesa. A fines de 1973, Perón, ya presidente de la Nación, estaba reunido en una oportunidad con el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Dr. Oscar Bidegain, el autor como su ministro de Gobierno y José López Rega. Al cónclave se

sumaría el Dr. Vicente Solano Lima, a la sazón secretario general de la Presidencia. El propio Perón, el propio presidente de la Nación, se dirigió a un rincón de la sala a buscar una silla para el recién llegado. Y el propio Perón, el propio presidente de la Nación, la arrimó adonde estaba el grupo e invitó al Dr. Solano Lima: "—Venga, doctor, venga. Siéntese por acá". Urriza ve en este gesto "un hecho menor, circunstancial, pero por lo espontáneo y servicial, siendo él presidente de la Nación y el de mayor edad del grupo, me pareció de un especial significado humano".

Es que ese era el talante humano de Perón, espontáneo y servicial, sabedor de que aún la autoridad máxima de una Nación, la máxima encarnación del poder, no tiene por qué dejar de practicar las buenas maneras para con los demás. Las actitudes aparentemente "menores" no menoscaban la grandeza. Con ellas Perón impartía una lección de vida política, de que ésta es una tarea de servicio para con la Nación y para con el prójimo.

El libro va transcurriendo por acontecimientos del país que, en su conjunto, pudieron ser de gran trascendencia para el peronismo, pero cuyos pormenores estuvieron plagados de episodios ingratos y de personajes sombríos. El buen tino del lector sabrá distinguirlos. El Dr. Urriza se autocalifica como "testigo", o como "testigo privilegiado", de muchos de esos hechos. Pero en verdad el autor fue mucho más que eso, fue un protagonista comprometido que supo estar a la altura de cada una de las circunstancias que le tocó vivir, demostrando su lealtad y su entereza cuando muchas de ellas fueron dramáticamente adversas.

Por último, no queremos dejar de señalar una respuesta que el Gral. Perón le dio al autor cuando le preguntó en sus años de Madrid "en dónde estaban escritas las ideas fundamentales del pensamiento justicialista": "Vea, doctor, las ideas filosófico-políticas están en «Comunidad Organizada» y las estratégicas y tácticas, que se refieren a la acción concreta, en «Conducción Política». Allí están las bases fundamentales". La respuesta no hace más que ratificar lo que venimos sosteniendo es el peronismo: una filosofía política, tan importante como cualquiera de las grandes ideas políticas de Occidente.

En estos tiempos actuales, donde algunos cultivan una "memoria" resentida o de conveniencia y un "olvido" inexplicable para con las figuras fundadoras del Movimiento, el libro del Dr. Manuel Urriza, escrito en buen castellano, simple y transparente, tiene un mérito inapreciable: reinstalar la estampa del General Perón en el centro de la escena.

Roberto Mario Magliano

## Abel Posse: Unión Sudamericana

A fines del mes de septiembre de 2004, el Instituto de Altos Estudios Juan Perón invitó al Dr. Abel Posse a fin de conocer su visión acerca de los desafíos y oportunidades que presenta el proyecto –ya inaugurado– de la Unión Sudamericana de Naciones y el rol que le cabe a nuestro país y, en particular al Partido Justicialista, en dicho proceso. No obstante el tiempo transcurrido desde que estas palabras fueron pronunciadas y la enorme cantidad de acontecimientos de relevancia institucional que le sucedieron (v.g., la firma en Ayacucho del documento fundacional de la Unión Sudamericana de Naciones, la reciente salida de nuestro país del default, etc.) su mensaje parece resignificarse adquiriendo con ello una renovada vigencia.

Estas fueron algunas de sus apreciaciones:

"Esta idea de la integración, en realidad, es el proyecto máximo que tenemos y creo que en la Argentina, el Peronismo tiene que ser el motor de este nuevo momento, de este nuevo país, que es imprescindible para la sobrevivencia argentina".

"En el mundo está pasando algo que es distinto a lo que pasaba. No estamos más en ese desarrollo de las dos superpotencias del siglo xx, la implosión soviética, el triunfo del liberalismo y el capitalismo occidental. Están pasando otras cosas, el mundo se está definiendo en imperios y nosotros estamos pensando en países".

"El mundo se está definiendo (...) en culturas que se manifiestan en poder. Cuando una cultura se manifiesta en poder se convierte en un imperio necesario, con pleno poder de diálogo. Evidentemente, esto está pasando en Europa, en el universo euroasiático de Rusia, en el universo islámico, China, India y el Sudeste Asiático". "Mientras, nosotros tenemos una idea de política todavía muy provinciana, le falta ese impulso de irrumpir en el mundo".

"Los socialismos ya no tienen el destino de la redención del mundo, (...) ahora hemos llegado a una condición triste en la que los socialismos se hacen capitalistas, (...) renuncian a su ideología y crean sociedades marginales".

"Hoy en día el capitalismo sabe que no puede llevar el progreso y la vida al resto del mundo, (...) tenemos que crear entonces esta Unión Sudamericana, y también tenemos que pensar cómo es el espectáculo, el panorama y el espacio donde vamos a ingresar".

"Estamos acostumbrados a una política sin filosofía ni pensamiento, y esto quiere decir una política sin proyectos".

"Nosotros creíamos, a partir de la implosión soviética, que el mundo iba hacia un mundo razonable, dominado por la ley, con un incremento del poder de las Naciones Unidas. (...) No comprendemos entonces que estamos confrontando a un mundo que en lugar de ir hacia el siglo XXI, desde 1980, y sobre todo con la primera guerra de Irak, está yendo hacia el siglo XIX".

"Cuando hablamos de la Unión Sudamericana, ya no interesa más si los autos se cambian por pollos y los pollos por azúcar. Hemos creado un diálogo de integración pueril, sin una base dramática, política, que nos lleve a comprender que aquí está en juego nuestra existencia".

"El Mercosur mercantil empezó a ser un campo de extensión de los intereses extranjeros. Nosotros estamos peleando por los autos Fiat que vende Macri contra las producciones brasileñas que

fabrica también en interés mundial. Tenemos que apropiarnos de la integración latinoamericana como un episodio de nuestro propio crecimiento, sin duda sin enfrentarnos al mundo exterior".

"Necesitamos una alianza profunda con Brasil y la consolidación de Sudamérica como una unidad imperial en el buen sentido, no de imperialismo sino de imperio para la defensa de nuestra integración cultural. (...) Desde una voluntad política profunda sí podemos hacer cosas, y este es el tema más importante que deberíamos modificar de nuestro concepto de integración. Integración tiene que ser poder. (...) Tenemos que transformar en nueva política nuestra situación de convalecencia, nueva creatividad, en entusiasmo nacional, en convocatoria, y eso tiene una sola palabra que es «proyecto»".









"El Peronismo hizo la revolución social más inesperada en este continente, una especie de socialcristianismo revolucionario, sin exterminar, sin transformaciones muy grandes, porque incluso en lo económico la estructura productiva agraria argentina se mantuvo. Incrementó notablemente la industria en todo sentido, en sentido creativo. Después el Peronismo, inesperadamente, (...) en la etapa de Menem, hace la revolución liberal más tremenda que pudo haber imaginado el liberalismo más crudo. Y como si fuera poco, (...) el Peronismo dio el único movimiento violento de lucha armada que vivimos recientemente. (...) Lo que reúne a estos tres factores o andanzas del Peronismo por la historia, es la energía creativa y el coraje de hacer política. Yo creo que eso es lo que tiene que recuperar el Peronismo".

"La etapa de la convalecencia ya está terminando y la Argentina tiene que lanzarse. Uno de los temas fundamentales para lanzarse es transformar, convocar a la gente, crear ese gran proyecto en todos los campos. La recuperación educativa como hecho primario y fundamental, la recreación del poder económico argentino a través del empresariado argentino en alianza con el empresariado internacional, la recuperación del comando de los negocios argentinos aunque estén compartidas las empresas, aunque estemos vinculados al comercio y al negocio mundial que no podemos enfrentar".

"Este es un gran momento para convocarnos con imaginación a algo notable y nuevo. Es el momento de salir de esta melancolía tremenda. Tendríamos que hacerlo con el coraje con el que se fundó la Argentina. Cuando vino Roca por primera vez a Buenos Aires, tenía una moneda de un peso. Llegó a caballo, y ahí por el arroyo Maldonado, tiró el peso porque quiso entrar sin un centavo. Solamente un grupo de cretinos puede lograr que 37 millones de personas no puedan vivir en un territorio que está produciendo todos los años para 370 millones de personas".

"La política no se hizo nunca para la nostalgia o para la culpa. Yo creo en una afirmación pagana de la política. El Peronismo tiene la posibilidad de tener un gran electorado. La gente cree en el Peronismo más que los peronistas. Si después de la más grande crisis del «que se vayan todos», terminamos con un 67% de gente que va a votar por tres sectores del peronismo, esto nos comanda a la unidad, a convocarnos a todos, a no revisar el pasado con un sentido ideológico, a ir hacia delante, construyendo este proyecto que no tenemos, en una convocatoria nacional".

# SUMARIO

	<b>Carlos A. Fernández Pardo y Leopoldo Frenkel,</b> <i>Perón</i> .....	2
	<b>Eduardo Amadeo,</b> <i>La salida del abismo</i> .....	3
	<b>Roberto Surra,</b> <i>Peronismo y cultura</i> .....	5
	<b>Hugo Chumbita,</b> <i>Hijos del país</i> .....	6
	<b>Julián Licastro,</b> <i>El pensamiento estratégico</i> .....	7
	<b>Daniel Arzadun,</b> <i>El peronismo: un reino sin monarca</i> .....	8
	<b>Manuel Urriza,</b> <i>El Perón que conocí</i> .....	9
	<b>Conferencia,</b> <i>Abel Posse: Unión Sudamericana</i> .....	11

#### Colaboraron en esta edición:

Araceli Bellotta, Mario Carlos Casalla, José Luis Castiñeira de Dios,  
Fernando Duarte, Mariano Fontela, Roberto Mario Magliano,  
Silvio Maresca.



Este Boletín es una publicación del Instituto de Altos Estudios Juan Perón, creado por disposición del Congreso Nacional del Partido Justicialista celebrado el 26 de marzo de 2004 el que aprobó la creación de una asociación civil sin fines de lucro que actuara como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista.

Aspiramos a que el Instituto de Altos Estudios Juan Perón se constituya en un ámbito dedicado a la investigación científica y doctrinaria y a la producción, sistematización y difusión de estudios, investigaciones y documentos destinados a profundizar y perfeccionar el sistema democrático, abordar los problemas nacionales, afianzar la justicia y la equidad social y proyectar a la Argentina en el mundo.

Para asociarse al Instituto no es necesario ser afiliado al Justicialismo. Sólo se requiere poseer título universitario o terciario, estudios avanzados en carreras de grado, o poseer una reconocida trayectoria en el desarrollo de tareas de índole político, social o cultural.

Vicepresidente: Silvio Maresca

Presidente: Antonio Cafiero

Para Informes e inscripciones: [iaejuanperon@argentina.com](mailto:iaejuanperon@argentina.com)